



“IV. Iberoamérica mestiza, un proceso de resonancias universales”

p. 51-60

Miguel León-Portilla

*Obras de Miguel León-Portilla*

*Tomo III. Herencia cultural de México*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2006

288 p.

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 970-32-2627-2 (volumen III, pasta dura)

ISBN 970-32-2626-4 (volumen III, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: (día mes año)

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras\\_leon\\_portilla/466.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/466.html) (corresponde con la página donde se aloja la publicación digital)

**Los datos correspondientes a la fecha de la publicación en línea y a la liga serán puestos por la persona responsable de publicar el material en el sitio web.**

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México











de mucho antes, gentes mestizas. Los habitantes de la península Ibérica descendían de oleadas de pueblos diferentes. Primeramente se establecieron allí los iberos; más tarde penetraron los celtas y los vascos (que algunos piensan que eran precisamente los iberos). Hubo también asentamientos griegos, fenicios y cartagineses. Enorme importancia tuvo la presencia romana, tanta que del latín se formaron básicamente los romances castellano, gallego, lusitano, catalán y valenciano. Los godos, aunque no muy numerosos, dejaron también múltiples huellas. Más grande y duradera fue la penetración de los árabes. A todas estas oleadas de pueblos hay que sumar las de los judíos, los esclavos africanos, los gitanos y aun algunos indígenas americanos que, desde tiempos de Cristóbal Colón, pasaron a España.

En lo que toca al continente que se conoció como Nuevo Mundo, sabemos que, desde hace cerca de 30 000 años, se adentraron en él, en oleadas sucesivas, muchos grupos diferentes. La antropología física y la lingüística lo comprueban ampliamente. Me referiré sólo al caso de México. La arqueología nos muestra que se ha desarrollado en él una larga secuencia cultural con la participación de pueblos muy diferentes. Se ha comprobado asimismo que tales pueblos, establecidos en diversos lugares y tiempos, se han influido de muchas formas. Los olmecas, que son tenidos como los iniciadores de la que llegó a ser la civilización mesoamericana, irradiaron su cultura entre los pueblos del Altiplano Central, entre los de lenguas mayenses, los pobladores de Oaxaca y de otras regiones.

Los tipos étnicos, conocidos a través de pinturas y esculturas y también en la presencia de sus descendientes contemporáneos, muestran grandes diferencias. Otro tanto puede decirse de sus lenguas, que se han distribuido en varios troncos ampliamente diferenciados. Las influencias, que a través de siglos y milenios recibieron unos de otros, se ejercieron principalmente como consecuencia de guerras de conquista y del comercio. También en esto los hallazgos arqueológicos han sido reveladores.

Consta así que tanto los habitantes de la península Ibérica como los del Nuevo Mundo —según lo muestra el caso de México— eran portadores de sendas herencias mestizas. A la luz de la historia universal se torna esto tan evidente que, asomándonos también a otras regiones del mundo, puede comprobarse que el mestizaje étnico y cultural se presenta como atributo y destino de la especie humana. Los casos de la península Ibérica y de varios países iberoamericanos son en esto particularmente significativos. En ellos, los procesos de mestizaje son una constante que ha entretejido sus respectivas historias.











